

Sergio Villalobos

Un Polemista De la Historia

Por Daniel Swinburn

● Los mitos de nuestros historiadores lo desvelan. Y ha tratado de destruir algunos... La figura de Portales ha sido, a su juicio, una de las grandes falsificaciones. Es un historiador —o “estudioso de la historia” como le gusta definirse— que se ha hecho a sí mismo. Ni la familia ni la tradición han influido en su vocación por el pasado, sino más bien ha sido algo más cotidiano y secular: “establecer la verdad de los hechos”.

“**N**O soy historiador”, afirma Sergio Villalobos, desde el viejo y prestigioso sillón de Director de la Biblioteca Nacional. Ahí estuvieron sentados también Diego Barros Arana y Guillermo Feliú Cruz, ambos de decisiva influencia sobre su inquieto espíritu hurgeteador. “Ser historiador es un título de gran valía intelectual. Pienso que en este momento no hay ninguno vivo en nuestro país. El último fue Mario Góngora”. No esconde

su emoción de haber ganado el Premio Nacional de Historia. “Pero lo que realmente cuenta es la labor realizada. Me siento muy satisfecho con ella, por la cantidad de aportes realizados, muchos de ellos originales. He planteado temas específicos de una manera distinta a como lo ha hecho la historia tradicional. Eso ha sido lo más satisfactorio”.

(Continúa en la página E 12)

Un Polemista... (Viene de la página E 11)

Los agradecimientos institucionales son para la Universidad Católica de Chile, "de la que soy profesor y la cual me ha dado toda clase de facilidades para el desempeño de mis investigaciones" (espera volver lo antes posible), y para la Universidad de Chile, donde se educó y pudo realizar toda la carrera ascendente. No se olvida de sus discípulos, ayudantes y alumnos, "porque con ellos siempre hay un diálogo fructífero..."

Sus juicios sobre la mujer profesional lo han hecho conocido incluso fuera su ámbito intelectual. "Que el hombre sea machista es el orden natural de la vida, afirmó en una oportunidad.

—¿Cómo es la relación entre el "machista" y el estudioso de la historia?

—Nunca me he planteado el asunto en esos términos. Pero es indudable que toda la posibilidad de formación, de trabajo, descanso en un sistema que gira en torno al hombre, y eso pesa. Creo que entre las mujeres que trabajan en historia hay algunas muy inteligentes y muy capaces que están haciendo una bonita labor, pero hasta ahora ninguna ha descollado ampliamente. A lo mejor esto va a ocurrir en los próximos años. Sus dos mejores discípulas optaron por lo que llama "la vida natural de la mujer". Creyeron que su destino de madre, de esposa del hogar, era algo tan importante que no podían aceptar otras responsabilidades.

No fue la familia la que definió su vocación de "estudioso del pasado". "Mi opción por la historia fue una decisión personal por encima de todo: tomada con mucha independencia y confianza en lo que yo podía hacer". Gran aficionado al jardín y a jardinear, su ideal estético es el diseño inglés, reproducción fiel de la naturaleza, espontánea y desordenada, mezcla de pradera, bosque, matorrales y plantas.

Su espíritu independiente y discolo se trasunta a su quehacer intelectual.

—¿Por qué usted no es miembro de la Academia de la Historia?

—La Academia de la Historia, desde sus inicios ha sido un organismo marcado ideológicamente y por esa razón nunca me conformaba. Yo respeto mucho mi independencia por encima de todo y esta Academia actuaba bajo el poderoso influjo de Jaime Eyzaguirre y su forma de pensar. Nunca me satisfizo. Yo diría más aún. Hubo un acuerdo tácito de diferentes investigadores, Mario Góngora, Alvaro Jara, Rolando Mellafe y yo, de que no ingresaríamos a la Academia aunque nos lo ofrecieran, como lo hicieron muchas veces. Mellafe sí aceptó. Yo creo que la Academia ha realizado alguna labor importante a través de su boletín, pero siempre predominando un concepto ve-

tusto de la historia. No se ha modernizado.

—Usted no ha sido muy aficionado a la teoría ni a la filosofía de la historia, ¿por qué?

—En parte por la orientación de los estudios. Generalmente, quienes se dedican a la teoría de la historia suelen ser profesores de Historia Universal que viven más en contacto con el mundo académico europeo, generador de ambas disciplinas. Acá el ambiente es más aldeano. Quizás también haya, en esa omisión, un reconocimiento de limitaciones personales. Pero hay algo más importante. Soy un convencido de que el conocimiento deriva fundamentalmente de los hechos. Algunos me califican de "positivista" y a lo mejor lo soy. Esa realidad que emana de los hechos es la que yo interpreto. Y lo hago de acuerdo con categorías históricas y no ideológicas, ni filosóficas. Ese método me ha permitido además ser original en una serie de aspectos de la historia de Chile.

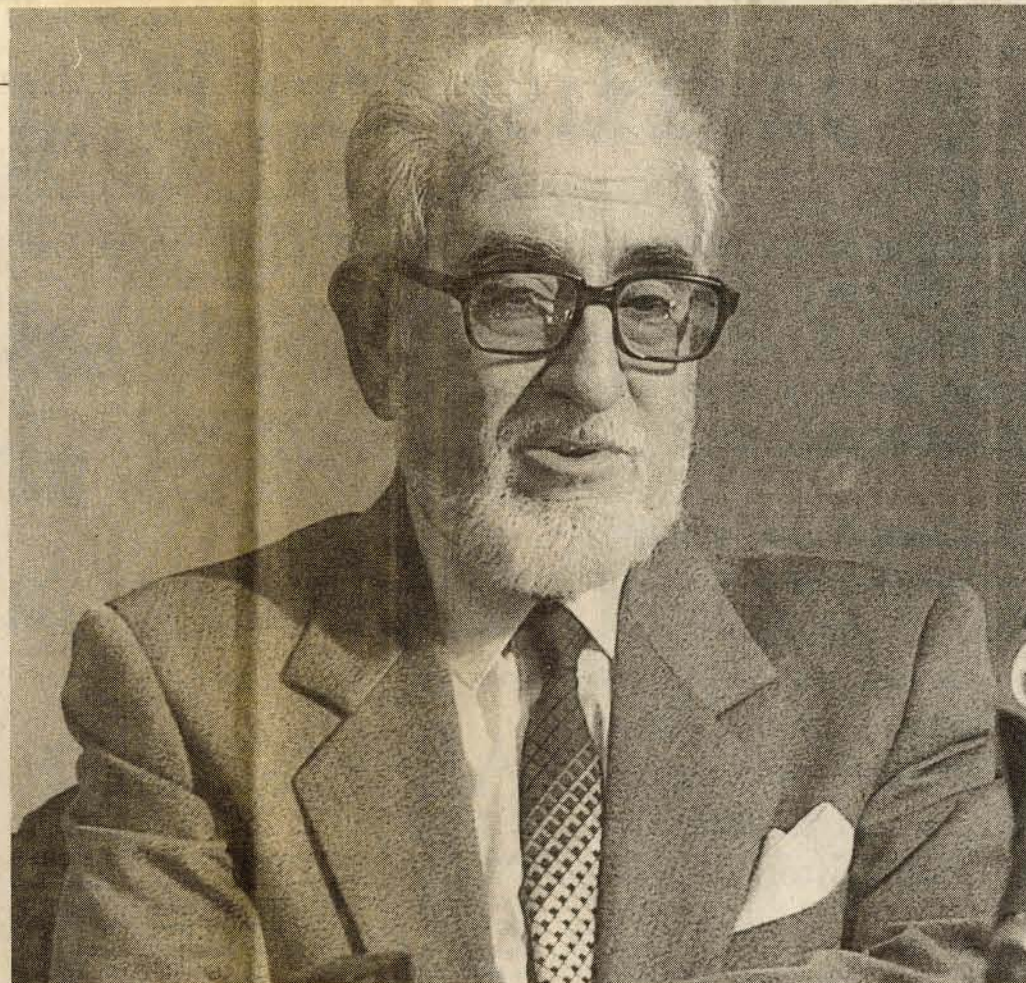
—¿Usted leyó el libro de Spengler "La Decadencia de Occidente", cuando joven? Fue una obra que tuvo un efecto devastador en la intelectualidad chilena entre los años treinta y cincuenta, sobre todo en algunos historiadores...

—Sí, lo leí, aunque no tan joven. Es una obra extraordinaria. El sí que es un historiador (como también lo es Toynbee o Braudel, y tantos otros) Pero a su vez, Spengler resulta demasiado pretencioso en tratar de

Soy un convencido de que el conocimiento deriva fundamentalmente de los hechos. Algunos me califican de "positivista" y a lo mejor lo soy. Esa realidad que emana de los hechos es la que yo interpreto. Y lo hago de acuerdo con categorías históricas y no ideológicas, ni filosóficas.

establecer una especie de anatomía de la historia en forma tan radical. A veces, los hechos pueden desvirtuarlo, especialmente en su noción cíclica de la historia. No es tan cierto que sea así. ¿Se cumplió la decadencia de Occidente?... Resulta que todo lo que amenazaba la cultura occidental como gran intención ideológica y moral fracasó, y la índole de esta cultura sigue adelante con vigor y se ha universalizado.

—Góngora rescataba el método analógico que utilizaba Spengler para interpretar



Sergio Villalobos.

el pasado, método que ha sido muy discutido...

—Góngora era un "spengleriano", fascinado por la obra. Creo que nunca pudo reaccionar del todo frente al embrujo del autor alemán.

—¿Tiene objeto propio la historia? ¿En qué pie teórico piensa usted que ha quedado esta disciplina luego de la invasión sufrida en este siglo por las ciencias sociales?

—Las ciencias sociales pretenden ser ciencia de lo general, mientras que la historia es ciencia de lo particular, de aquello que ocurrió una vez y que no vuelve a repetirse. Por tanto, metodológicamente habría una incompatibilidad desde la partida, y ese es el gran riesgo de la historia muy influida por las ciencias sociales. El creer que ciertas categorías teóricas generales puedan aplicarse a todos los tiempos es un error. Debemos partir siempre de la necesidad propia de la historia y de su objeto: el hombre a través del tiempo y en distintos tiempos.

—De todas maneras, la introducción de las ciencias sociales ha sido benéfica para el aumento del conocimiento histórico. Pero ¿qué ha pasado con la historia como género literario? ¿Ha perdido atractivo en su forma? ¿Es más aburrida la historia?

—Las ciencias han contribuido a profundizar en el pasado, pero finalmente sólo hay una gran historia con mayúscula que es esencialmente humanista. El sello del humanismo está marcando la historia, es la verdadera historia. Es cierto que se ha perdido la manera del buen escribir. Pero hay un momento en que esto tiene que traducirse en obras de divulgación y ahí no puede haber un lenguaje técnico sino que tiene que existir una influencia literaria, que exprese realmente la cultura del investigador y todo su trasfondo cultural.

—La recuperación del estilo narrativo para la historia, ¿admite, por ejemplo, la ficción?

—No. Pero sí la imaginación. Porque el

historiador encuentra una serie de testimonios que serían incoherentes si no los sintetiza, los une y les da un orden, y si, en fin, no termina reflexionando sobre ellos. Eso es imaginación... No es necesario inventar la historia porque ella es ya, demasiado fantástica por sí misma. Y creo que escribir libros de historia es más difícil que escribir obras literarias. Porque el literato crea a partir de la ficción, que es mucho más arbi-

Nunca he perdido de vista la historia general, ese es mi último objeto. Es en la historia general donde más me realizo...

traria. En cambio el historiador tiene el pie forzado de los documentos que debe ponerlos en un buen orden literario, lo cual es mucho más difícil que cuando hay simplemente creación. Quizás por eso los investigadores escriben tan mal. Leer en la actualidad un libro de historia es difícil, es pesado...

—¿Qué historiadores nacionales tenían el encanto de poder cautivar con su lectura?

—Vicuña Mackenna, Jaime Eyzaguirre. Encina no. Hay otros de menor nombre como Gonzalo Bulnes, pero cuya "Guerra del Pacífico" es un modelo de obra histórica. Barros Arana también. Aunque se le critica, es claro y sencillo. Su lectura no ofrece ningún tropiezo.

—Usted ha escrito una serie de textos escolares de enseñanza secundaria que dejaron un poco atrás la literatura tradicional en esta materia. ¿Qué conceptos nuevos ha querido usted introducir en esos textos?

—Básicamente he querido cambiar el concepto de la historia. Hacer no sólo historia de gobiernos, historia oficial de los grandes personajes o de los actos heroicos sino que una historia que lo abarque todo: el trabajo, los pobres, los ricos, los empresarios, los intelectuales, todas las manifestaciones de la sociedad, su economía, su cultura, es decir, una historia global. Ese es el gran concepto, que por lo demás es sencillísimo. Pero nadie lo había llevado al texto escolar.

—¿Se siente a gusto en las nuevas tendencias de la investigación historiográfica: las mentalidades y la sociabilidad...?

—Sí. Pero yo nunca he perdido de vista la historia general, ese es mi último objeto. Es en la historia general donde más me realizo, donde la acumulación da el cuadro total del pasado. El problema de la historia de las mentalidades es que se ha puesto de moda y se corre el peligro de caer, de nuevo, en una deformación del pasado. Yo creo que hay que equilibrar las cosas. Es indudable

que todo lo irracional del ser humano, lo espontáneo, lo anímico que conforma la historia de las mentalidades está presente. Pero si se estudiara el papel del lactante en las madres del Siglo de Oro en España, me parecería una exageración...

"Polemista de la historia"

—Más que teórico de la historia usted ha desarrollado una imagen de "polémico de la historia", ¿o no?

—Sí, indudablemente. Creo que nuestra historia está falsificada por todos lados. A veces, he llegado a decir que más que una historia es una mitología. Y mitos, algunos, con mucha fuerza y muy difíciles de cambiar. A través de varias obras he tratado de contribuir a cambiar el concepto de algún fenómeno y creo que he tenido éxito. He contribuido, por ejemplo, a destruir la idea de un siglo XIX librecambista en un ciento por ciento. Aunque algunas de mis tesis siguen discutiéndose, como el caso del libro sobre Portales. Pero Portales es una figura

totémica; ya no es un personaje real de la historia.

—¿Puede decirse que su libro "Para una Meditación de la Conquista" fue una respuesta a la interpretación que daba Jaime Eyzaguirre en su "Hispanoamérica del Dorado", para dicha época?

—Sí. En cierto modo es eso...

—¿Qué piensa usted del hispanismo?

—El hispanismo ha sido una deformación de nuestra historia, intencionada ideológicamente, que prendió mucho en Jaime Eyzaguirre y en la Academia Chilena de la Historia. El hispanismo no es un acercamiento científico al pasado. Cuando Eyzaguirre diseña, por ejemplo, la imagen del hidalgo que vino a la conquista, lo describe con un idealismo excesivo que induce a error. Porque, en primer lugar, no todos los que hicieron la conquista eran hidalgos. Menos del 20 por ciento lo eran. La conquista fue hecha principalmente por villanos...Y cuando uno ve las pasiones y las luchas que se desataron en torno a los bienes materiales, a la explotación del indio, a los lavade-

ros de oro uno concluye que eran simplemente seres humanos. Hay que reconocer sí, que Eyzaguirre fue un gran escritor, un gran ensayista y una persona muy notable.

—"Tradición y Reforma", su libro, ¿es, a su vez, una respuesta al libro de Eyzaguirre, "Ideario y ruta de la Emancipación..."

—No. "Tradición y Reforma" trató de ser una síntesis entre lo que se planteaba tradicionalmente sobre la independencia y lo nuevo. Recogi, especialmente la idea de Jiménez Fernández sobre el populismo en la independencia de América. Detrás de la justificación de la monarquía en 1810 había un profundo intento reformista, aunque la forma para resistir fue mediante la elaboración de tratados inspirados en doctrinas teológico-jurídicas tradicionales de España. Ello también fue insuficiente, por eso vino la Independencia. Eyzaguirre había exagerado la posición hispanista.

—Al parecer su libro "Portales, una Falsificación Histórica" estaba dirigido no tanto contra una tradición historiográfica como a un momento histórico muy definido...

—Iba a restablecer la verdad respecto de un personaje que ha sido idealizado exageradamente. Pero el objeto no es una diatriba contra Portales, como han creído muchos. Incluso personas que pasan por inteligentes me han criticado ese punto de vista. Pero lo que hay es otra cosa. Yo diría que esas personas no leyeron el último capítulo del libro que es el sustancial y el más largo y en el cual se plantea que Portales simplemente gobernó, pero no creó ningún régimen estable ni Estado en forma, o Estado de Derecho, ni nada de eso, sino que simplemente, gobernó. Y lo hizo autoritariamente. Sólo después de su muerte hay propiamente la creación de un Estado orgánico y de Derecho. La creación de la estabilidad republicana y de un régimen sólido es posterior a él...

—¿Por qué Encina carece de valor historiográfico para usted?

—Encina no tuvo nunca una formación sistemática en historia. Fue un aficionado, aunque el ser aficionado de por sí no descarta a nadie. Tuvo una formación de fines del siglo pasado en el racismo, el psicologismo y

entonces toda su *Historia de Chile* está asentada en esas ideas, ideas que en 1940 ya estaban anticuadas y superadas. Encina además, en su afán de originalidad, estropea mucho los hechos históricos. A veces tiene una sugerencia aceptable pero a vuelta de página dice cosas inaceptables. No es una historia confiable.

—El uso que hacen los políticos de la historia es algo común en la vida de las naciones. Son ellos los que crean o activan los mitos históricos. ¿Cómo ha sido, a su juicio, la relación entre los políticos en Chile y la historia?

—No sólo los políticos la usan. Todo el mundo trata de utilizarla. Ejemplifican con ella, buscan la raíz de los fenómenos. Porque la historia parece que otorga dignidad o categoría a los asuntos. Es evidente que los políticos siempre han usado la historia con poco conocimiento de ella, aunque hay que reconocer que ha habido grandes historiadores políticos como Miguel Luis Amunátegui, como el propio Barros Arana u otros. Pero, en general, creo que la relación ha sido mala, porque la historia no es para eso.